

# Una primavera internacional trágica (I)

TOMÁS PÉREZ DELGADO

Si es verdad que la Guerra Civil, española de 1936-39 fue la crisis más grave de nuestra Historia, no es menos cierto que el desgarrón que produjo en el sistema internacional fue bastante secundario, al decir de Ángel Viñas<sup>1</sup>. Que la Guerra española fuera el primer capítulo de la que abrieron alemanes y japoneses en 1939 y 41 es, pues, excesivo, como demostró la enervante longevidad del régimen de Franco, capaz de pasar indemne por la derrota del Eje.

Lo que no ofrece dudas, desde luego, es que el resultado final del conflicto abierto en julio del 36 dependió directamente de su pronta implicación en las tensiones europeas del momento. Su expresión más decisiva y visible fue la intervención exterior (germano-italiana y de las Brigadas Internacionales) y la *no intervención* de las grandes democracias occidentales. Curiosa disimetría, sólo explicable en el ambiente creado en Europa por la decisión alemana de remilitarización de Renania, tomada el 7 de marzo, y de cuya descripción nos ocuparemos en estas páginas.

La guerra civil fue la forma concreta que acabó tomando la crisis socio-política española de 1936, tras su clausewitziano ascenso a los extremos producido por la sublevación militar de julio. Ello hizo que la historiografía prestase la mayor atención a los factores internos desencadenantes del conflicto bélico. A lo que ayudó, sin duda, el carácter secundario que aquel tuvo en la política europea, como apuntamos antes.

En consecuencia, no se ha dispensado atención suficiente al seguimiento que las fuerzas implicadas en la conspiración antirrepublicana prestaron al desenvolvimiento de la situación europea, de la que se consideraban un componente más. Sin embargo, es muy fácil hacerlo, siguiendo la información ofertada por la prensa de aquellos días.

Y es que sin la esperanza de encontrar un rápido eco en Berlín y Roma, quizá los conspiradores no se hubieran transformado jamás en sublevados. Desde luego, eran muy conscientes, comenzando por *El Director*, de la resistencia que encontraría su golpe de Estado y de las oportunidades que, para vencerlas, le deparaba la coyuntura abierta por Alemania el 7 de marzo de 1936. La presteza con que se elevaron a Berlín y a Roma los requerimientos de apoyo —sólo igualada por la gene-

<sup>1</sup> Cf. A. VIÑAS: "Los condicionantes internacionales", M. TUÑÓN, J. ARÓSTEGUI y otros: *La Guerra Civil 50 años después*, Labor, Barcelona, pp. 125-197.

rosidad y rapidez de la respuesta— muestra que los conspiradores eran muy conscientes de que la clave de su éxito se hallaba fuera de nuestras fronteras. Entendían que la crisis política española sólo encontraría la salida que ellos auspiciaban si lograban integrarla en la política general europea.

#### RENANIA: POLÍTICA EXTERIOR Y CONSOLIDACIÓN INTERNA DEL NAZISMO

Así pues, apenas instalado Azaña en el gobierno, cuando comenzaba a desarrollar su estrategia de centrar de nuevo a la República, el Sistema de Seguridad Colectiva sufriría un golpe mortal en Europa, del que ya no volvería a recobrase. La reocupación militar de toda Renania era algo más que la quiebra de una determinada concepción internacional, o la transformación de cierto equilibrio de fuerzas imperante hasta entonces. Porque la incuestionable victoria obtenida por Alemania el 7 de marzo implicaba también una formidable amenaza contra los sistemas democráticos, en cuyos principios se asentaba la posibilidad de un orden internacional digno de tal nombre.

De momento, la retórica justificativa empleada por Alemania aludía principalmente a la reparación de la dignidad ofendida en Versalles y a la restauración del honor y la soberanía nacionales:

“En esta hora histórica, en que las tropas alemanas completan la ocupación de las guarniciones de paz de las provincias occidentales del Reich, nos unimos todos en una doble y sagrada convicción: sobre todo en el juramento que hacemos de no retroceder ante ninguna potencia ni ante ninguna violencia, para restablecer el honor de nuestro pueblo, sucumbiendo honorablemente antes que capitular; pero además, en la voluntad de trabajar más que nunca para lograr el entendimiento entre los pueblos europeos, particularmente con nuestros vecinos del oeste”<sup>2</sup>.

Con estas palabras, pronunciadas el 23 de marzo de 1936, Hitler daba cuenta al Reichstag de la reocupación por tropas alemanas de la Renania desmilitarizada por el Tratado de Versalles. La emprendía una vez más con el Tratado que había vulnerado, calificándolo de “ejemplo ignominioso para la Humanidad”, que no había logrado establecer la paz y una verdadera Sociedad de Naciones (SdN), sino que más bien había consagrado la división entre vencedores y vencidos.

Justificaba la medida adoptada, aduciendo que la reciente ratificación del Tratado Franco-Soviético de 1935 suponía una violación del de Locarno y creaba un peligro tan directo para la seguridad de Alemania que la obligaba a desvincularse de sus compromisos anteriores.

<sup>2</sup> *El Debate*, (ED), 24-III-1936.

Días antes, en una entrevista concedida a United Press, el mismo Hitler había insistido en que la remilitarización de Renania era un componente imprescindible de la seguridad europea, pues se basaba en la aplicación del incuestionable principio de la igualdad de derechos entre todos los Estados europeos, con independencia de su situación en 1918:

“Si el Sr. Sarraut [Jefe del Gobierno francés] declara no poder admitir que la fortaleza de Strasburgo está amenazada por cañones alemanes, se debería comprender tanto mejor que no le guste a Alemania ver sus ciudades abiertas como Francfort, Friburgo, Karlsruhe, etc, amenazadas por los cañones de las fortalezas francesas. Lo mejor para hacer frente a tal amenaza sería dar a la cuestión de la zona desmilitarizada una solución idéntica a los dos lados de la frontera<sup>3</sup>.

A este principio de la *igualdad internacional* de Alemania se acogía también el memorándum de 31 de marzo de 1936<sup>4</sup>, elevado por el jefe de la Wilhemstrasse, Konstantin von Neurath, a sus homólogos francés e inglés, para justificar la decisión del 7 de marzo. En él se definía lo actuado como mera *recuperación* de los derechos soberanos del Reich sobre su territorio, tras la etapa de *renuncia* a los mismos hecha por los gobiernos alemanes comprendidos entre el Kaiser y Hitler.

Von Neurath era consciente, sin duda, de que tal argumento era demasiado deudor del mito de la *puñalada por la espalda* de 1918-19 y, por tanto, insuficiente para legitimar la reocupación militar de Renania: Alemania podía reivindicar su presunto derecho a anular el Tratado de Versalles y el propio Pacto Fundacional de la Sociedad de Naciones (SdN); no podía, sin embargo, suspender su acatamiento a los límites de soberanía aceptados en Locarno por un gobierno alemán legítimo y no coaccionado, como los del final de la Gran Guerra, ni por la revolución interior, ni por la presión militar exterior<sup>5</sup>.

Por ello, y para mantener un adarme de coherencia, el memorándum germano declaraba superados el Pacto Fundacional de la SdN y los Tratados de Versalles

<sup>3</sup> ABC, 12-III-36.

<sup>4</sup> Cf. British Cmd. 5175, Miscellaneous N.º 6 (1936): *Correspondence with the German Government regarding the German proposals for an European Settlement*, March 24-May 6, 1936.

La comunicación de Hitler al Reichstag, por la que se convocaban nuevas elecciones, insistía en la misma idea: “Con el propósito de dar al pueblo alemán la oportunidad de otorgar su solemne aprobación a los tres años de política de restauración del honor nacional y la soberanía del Reich, concluidos hoy; y en pro de la comprensión de los pueblos, sobre la base de la igualdad de derechos y obligaciones, disuelto el Reichstag, con fecha 28 de marzo de 1936. Las nuevas elecciones tendrán lugar el domingo 29 de marzo de 1936” (*Foreign relations of the United States. Diplomatic Papers, 1936, vol. II, Europe*, (FRUS) Department of State Publication, Washington, 1954, p. 140).

<sup>5</sup> En la primera entrevista de Anthony Eden con Hitler, en 1934, el canciller alemán manifestó al político inglés que él respetaría siempre de manera escrupulosa todos los tratados suscritos libremente por gobiernos alemanes, es decir, por gobiernos no sometidos a presiones internacionales tipificables como imposiciones (Cf. A. EDEN: *Memorias, 1923-1938*, Editorial Noguer, Barcelona, 1968, p. 89). Tal era, obviamente, el caso del Tratado de Versalles y del Pacto Fundacional de la SdN. Pero estas serían las únicas e irrenunciables excepciones.

y Locarno. La disculpa esgrimida eran los acuerdos militares de Francia con Polonia, Checoslovaquia y Bélgica y, sobre todo, el de 1935 con la URSS. Se argüía que todos estaban concebidos en función antialemana y que, por tanto, contravenían lo pactado en Locarno. Francia —decía el documento— no podía ser garante del Pacto de Locarno y, al mismo tiempo, dirigir su política exterior hacia objetivos que, de suyo, creaban las condiciones para su vulneración<sup>6</sup>.

En consecuencia, Alemania presentaba su acción del 7 de marzo nada menos que como la lógica reacción ante la amenaza que a su seguridad hacía correr la política francesa de pactos militares bilaterales con vecinos de Alemania; así pues, entendía que su decisión había reforzado el sistema de seguridad colectiva, al rechazar los intentos de constitución de bloques militares.

Negando que Alemania fuera a plantear en el futuro inmediato demandas territoriales, von Neurath dejaba entrever el posible retorno del Reich a la SdN, siempre y cuando se reconociera la validez internacional de la remilitarización de Renania<sup>7</sup>. Sobre tal base, proponía además a los Estados vecinos del Reich un *nuevo Locarno*, de 25 años de duración; incluso, con evidente cinismo, ofertaba al gobierno francés la posibilidad de fijar en 200.000 los efectivos militares a ambos lados de la frontera germano-francesa, como paso previo a un acuerdo de desarme recíproco más amplio, abierto también al Reino Unido<sup>8</sup>.

Pero justificaciones y propuestas aparte, lo cierto es que el 7 de marzo Alemania había roto unilateralmente con todo lo que impedía su absoluta libertad de movimientos internacionales. Así se deducía del mismo tono empleado por Hitler en un discurso, pronunciado pocos días después de la reocupación de Renania, en el que *exigía* una respuesta positiva de Francia e Inglaterra a sus iniciativas:

“Querría únicamente decir una cosa: que el gobierno alemán, si estas propuestas, como tantas otras anteriormente, han de ser sencillamente ignoradas, o chocar con una negativa, debería renunciar a importunar a Europa con otras nuevas”<sup>9</sup>.

Y es que la falta de una inmediata respuesta franco-británica a la acción alemana, *del mismo tipo y nivel*, había llevado a los dirigentes nazis a considerar el 7 de marzo como una gran victoria. En efecto, aprovechando la ocasión, Hitler

<sup>6</sup> Cf. *Documents on German Foreign Policy. 1918-1945* (DGFP), Series C, Vol. V, London, Her Majesty Stationery Office, 1966, pp., 29-30. El memorándum von Neurath expresaba idénticas ideas —lógicamente— a las manifestadas por el embajador von Ribbentrop en la reunión londinense de representantes del Pacto de Locarno, convocados para discutir la situación (vid. *ABC*, 20-III-1936 y *El Sol* de la misma fecha). En el mismo sentido se manifestaría Hitler, con ocasión de un mitin celebrado en Francfort (*ABC*, 17-III-1936).

<sup>7</sup> La vuelta alemana a Ginebra se condicionaba a la desvinculación entre el Pacto Fundacional de la Sociedad de Naciones y el Tratado de Versalles, así como al reconocimiento del derecho del Reich a poseer colonias (vid. *El Sol*, 8-III-36 y *ABC*, 12-III-36).

<sup>8</sup> Cfr. *El Sol*, 8-III-36.

<sup>9</sup> *ABC*, 12-III-36.

disolvió el Reichstag, con la intención de eliminar en la nueva Cámara todo resto de pluralismo político y avanzar así en la nazificación del país<sup>10</sup>. Remedando las campañas electorales democráticas, la cúpula del NSDAP emprendió una gira de mítines por todo el país, explicando a sus habitantes que el incuestionable éxito de su política exterior era la consecuencia del cambio experimentado por el país desde enero de 1933.

En uno de ellos, Goebbels, repitiendo conceptos vertidos por Hitler ante el Reichstag, calificó la reocupación de Renania como el *premio* debido al país que en 1933 había salvado al mundo del peligro de una nueva revolución marxista que, de haber triunfado en Alemania, habría supuesto indefectiblemente la supeditación de toda Europa a Moscú<sup>11</sup>. Obviamente, el Ministro alemán lanzaba un guiño a la opinión conservadora europea, inquieta ante el peligro representado por los *frentes populares*, inspirados por la Komintern, que suponían un deslizamiento hacia la izquierda de países como Grecia, España y la propia Francia.

Los dirigentes alemanes argüían que no era descartable que Europa entera cayese en breve plazo en otro ciclo revolucionario, como el de 1917-19, inspirado desde Moscú<sup>12</sup>; de ahí su insistencia en subrayar el papel *central* de Alemania en la contención del comunismo y la oportunidad de que los gobiernos francés e inglés reconocieran, como coincidentes con sus intereses a largo plazo, los objetivos y realizaciones de la política exterior de la nueva Alemania.

Pero más allá de esta retórica, los círculos alemanes de poder interpretaron la remilitarización de Renania como la prueba fehaciente de lo acertado de las concepciones internacionales del nazismo, basadas en la idea de que el empleo decidido de la fuerza podía despejar cualquier obstáculo<sup>13</sup>. Además, la sorpresa de la operación permitió al ejército alemán ocupar posiciones muy valiosas en el caso de hipotéticas reacciones francesas ante nuevos 7 de marzo en Austria o Polonia<sup>14</sup>.

El prestigio que, gracias a ello, Hitler alcanzó ante el Alto Mando, le permitió consolidar su *compromiso* con las fuerzas armadas, sellado ya con ocasión de los

<sup>10</sup> Cfr. *El Sol*, 13-III-36 y 16-III-36. *ABC*, 17-III-36.

Vid. asimismo los despachos del personal de la embajada americana en Berlín, en *FRUS*, vol. cit., p. 140-2: según ellos, el objetivo buscado era el de aprovechar el ambiente de euforia nacional creado por el 7 de marzo, para "dar la apariencia de completo apoyo" de todos los alemanes al régimen; para ello, el NSDAP incluyó en sus listas electorales a personalidades no estrictamente nazis, como Heinrich Class, Presidente de la Liga Pangermanista, e incluso a 3 ciudadanos austríacos y a 2 checos de los Sudetes.

<sup>11</sup> Cf. *ABC*, *ibid.*

<sup>12</sup> No en vano, el Congreso del NSDAP se dedicó en 1.936 a la *amenaza comunista*. Hitler, Hess, Goebbels y Rosenberg lanzaron encendidas diatribas contra el Tratado Franco-Soviético, máxima expresión de tal peligro (*FRUS*, *op. cit.* p. 149).

<sup>13</sup> Cf., A. HITLER: *Mi Lucha*, Editors S.A., Hospitalet de Llobregat, 1.984. En tal planteamiento, la posibilidad de recurso a la fuerza exigía hombres públicos dotados de poder ilimitado, lo que era incompatible con el sistema parlamentario-democrático (Vid. *ABC*, de 19-III-36, que recoge un discurso sobre este argumento, pronunciado por Göring en Colonia).

<sup>14</sup> Acerca del valor estratégico de la reocupación de Renania, vid. "Nota Internacional. Renania en la guerra futura", *El Socialista* (ES), 14-IV-36.

sucesos del 34 y con el programa de rearme del 35. A partir de ahora, el ejército perdería gran parte de su autonomía institucional y el NSDAP continuaría tranquilamente la organización totalitaria del país<sup>15</sup>. La preparación de futuros golpes contra el orden internacional no encontraría ya resistencias internas de consideración<sup>16</sup>.

Apenas un mes después de la reocupación de Renania, Hitler emprendió un viaje por el oeste del país para explicar a los industriales su proyecto de construcción acelerada de una línea fortificada a lo largo de toda la frontera francesa y belga, en la que se emplearían los parados aún existentes —encuadrados en el Frente del Trabajo, según circular de Seldte de 3 de abril—. Con tal medida, el ejército, la industria, la burocracia del NSDAP y las mismas clases obreras, se verían implicados en la política militarista hitleriana y el régimen consolidaría notablemente su respaldo social:

“Para la construcción de esta línea de fortificaciones, —señalaba *El Sol*— que ofrece el aspecto de una remilitarización a base de acero y cemento que supondría substanciosos beneficios a la industria alemana, están de acuerdo Hitler, Schacht y la Reichswehr”<sup>17</sup>.

La victoria de Hitler se había asentado en una evaluación correcta de la situación. Francia padecía desde 1934 una fuerte inestabilidad política y, en plenas vísperas electorales, el gobierno Sarraut sería incapaz de tomar contramedidas militares; además, las diferencias existentes entre Francia e Inglaterra, tras la crisis de Etiopía, impedía a ambos países adoptar decisiones militares conjuntas; finalmente, Hitler, que temía un triunfo electoral del Frente Popular francés, quería anticiparse al endurecimiento del Quai D’Orsay que ello pudiera suponer<sup>18</sup>.

En cualquier caso, tras el 7 de marzo, Europa iniciaba una nueva andadura histórica. El sistema de seguridad colectiva, herido por Japón en Manchuria y por

<sup>15</sup> La nazificación del país, tras el 7 de marzo, procedería a toda velocidad. A la sensación de victoria exterior, seguiría la de “calma doméstica”, exigida por la celebración en verano de las Olimpiadas. Tras el escapate de aquellos Juegos se escondía, sin embargo, la creciente militarización de la sociedad alemana y el ascenso a primer plano del complejo SS-SD-Gestapo, destinado a mantener el absoluto control del “frente interno”, ante la eventualidad de nuevas acciones contra el orden internacional.

El nazismo lograría, pues, un amplio consenso interno en 1936, apoyándose en la propensión militarista y reglamentista del alemán medio, dispuesto a soñar con aventuras externas justo cuando la preparación del Plan Cuatrienal hacía renacer de nuevo las estrecheces económicas. Sin embargo, la seguridad en el empleo, la acción integradora de las políticas sociales del régimen y el rebrote de la represión permitirían atenuar los efectos de aquellas (Cf. *FRUS*, vol. cit., pp. 143-151).

<sup>16</sup> Un despacho de la Agencia Havas señalaba que había sido Hitler, con el apoyo de Göring y Goebbels, quien había impuesto su idea de la reocupación de Renania al Estado Mayor, quien temía una reacción militar francesa (Cf. *ABC*, 7-III-36).

<sup>17</sup> *El Sol*, 26-IV-36.

<sup>18</sup> Sólo el extremismo ideológico hacía suponer a Hitler que el Frente Popular francés seguiría, caso de conquistar el poder, una política exterior radicalmente diversa de la de Sarraut (El discurso de Sarraut por radio tras la remilitarización de Renania, en *El Sol*, 10-III-36).

Italia en Etiopía, mostraba claros signos de agotamiento. Con su acción en Renania, Alemania clarificaba el sentido de su retirada de la SdN en 1933 y de su programa de rearme de 1935.

En consecuencia, los Estados europeos buscarían en el rearme y en las alianzas militares la garantía de su seguridad, como en la preguerra de 1914. Y era lógico, pues habían retornado en el área de los antiguos Imperios Centrales y, con una fuerza extraordinaria, las corrientes autoritarias que habían llevado en su momento a la política de bloques y a la misma guerra.

“En fin, —decía André Revesz en *ABC*— al cabo de una era de ilusiones pacifistas, de confianza en una organización internacional de la paz, el mundo vuelve al viejo sistema de los armamentos y las alianzas militares. Estamos donde estábamos antes. El círculo se ha cerrado”<sup>19</sup>.

#### IMPASSE INTERNACIONAL

Pero la verdad es que el golpe de Renania no era tan sorpresivo como reflejaba la prensa del momento. Ya tras la retirada alemana de la Conferencia de Desarme y la restauración del servicio militar obligatorio, el embajador francés en Berlín, François-Poncet, había alertado al Quai D'Orsay —en otoño de 1935— sobre la posibilidad de que muy pronto el gobierno de Berlín pudiese ordenar una operación como la que tuvo lugar en Renania<sup>20</sup>.

Nadie esperaba —eso sí— la debilidad y tardanza de la respuesta francesa. Para explicarlas se ha acudido habitualmente al ejército, porque la derrota de 1940 hizo fácil traspasarle la responsabilidad de la inacción de 1936<sup>21</sup>; sin embargo, la actitud de los militares no aclara la reacción de un gobierno y unas fuerzas políticas que ya estaban sobre aviso, como se demostró en el debate parlamentario en el que se ratificó en febrero el Tratado Franco-Soviético.

Francia se limitó a alertar las tropas de la Línea Maginot y a rechazar las alegaciones germanas<sup>22</sup>. Para el Primer Ministro, Sarraut, no había duda de que el 7

<sup>19</sup> *ABC*, 6-III-36.

<sup>20</sup> Cf. *Documents Diplomatiques Françaises* (DDF), 2ème Série, vol. II, Paris, Imprimerie Nationale, 1979.

<sup>21</sup> Lo que sí puso en evidencia el 7 de marzo fue la impreparación militar francesa ante los nuevos retos, puesta de manifiesto por De Gaulle en textos como *Le fil de l'épée, Vers l'Armée de métier* y *La France et son Armée*, que impresionaron profundamente a Paul Reynaud. (Cf. GENERAL DE GAULLE, *Mémoires. L'Appel. 1940-1942*, Plon, París, 1954).

<sup>22</sup> En el ya citado discurso de Sarraut, radiado el 8 de marzo, todo se reducía a lamentar la ruptura de los principios establecidos en Locarno, cuya aplicación permitía buscar una solución ante el Tribunal de La Haya incluso a problemas como el del Tratado franco-soviético. En base a aquellos principios, Francia había renunciado en 1930 a su derecho de intervención en Alemania. (Cf. *El Sol*, 10-III-36).

de marzo era la lógica conclusión del abandono alemán de la SdN y del relanzamiento de su rearme; además, era muy significativo de las intenciones alemanas el que esas tres decisiones se hubieran ejecutado eligiendo con malevolencia el momento, a fin de que Francia no pudiera responder adecuadamente<sup>23</sup>.

Por eso, pertrechado con la adhesión de los gobiernos centro y este-europeos aliados, el responsable del Quai D'Orsay, Flandin, se presentó en Londres en demanda de apoyo a medidas de fuerza; pero el *Premier*, Baldwin, le hizo comprender que su gobierno no respaldaba acciones armadas de ningún tipo contra Alemania. Eden y Halifax, con ocasión de una visita a París, aclararían que ni siquiera eran precisas las conversaciones entre los respectivos Estados Mayores, previstas para casos de crisis, al no entrañar la reocupación de Renania una amenaza directa a la seguridad del territorio francés<sup>24</sup>.

Francia no quiso moverse en ninguna dirección —como muy bien señala Churchill— sin contar antes con Inglaterra. Tampoco intentó arrastrarla a posiciones de fuerza, recurriendo a provocar algún tipo de conflicto previsto entre los supuestos que, conforme a los acuerdos entre ambos países, implicaban la automática prestación de asistencia militar inglesa a Francia. Por su parte, Londres, *buscando la línea de menor resistencia*, aconsejó a París plantear el caso ante la SdN y ante los gobiernos garantes de Locarno. Gran Bretaña no quería actuar enérgicamente, mientras que la conducta inglesa permitía a Francia no indagar mucho sobre las razones de su inacción<sup>25</sup>.

La condena de Alemania en el Consejo de la SdN sólo implicó una desautorización moral, sin fuerza para obligarle a revisar su decisión<sup>26</sup>. A su vez, la propuesta de los signatarios del Pacto de Locarno de someter al Tribunal de la Haya el Tratado Franco-Ruso, que era la principal justificación del Reich para su acción de 7 de marzo, fue considerada inaceptable por Berlín.

La crisis acabó entrando en vía muerta con la publicación del ya citado memorándum alemán de 31 de marzo, cuyas propuestas encontraron en Francia

<sup>23</sup> *Ibid.*, *El Sol*, 10-III-36. En los días anteriores al 7 de marzo, se debatía en Ginebra la propuesta inglesa de embargo de petróleo contra Italia, en aplicación de las sanciones decretadas contra ella por la agresión en Eritropía. En este ambiente, es lógico que la diplomacia mussoliniana se apresurase a apoyar incondicionalmente la política exterior alemana, dejando sola a Francia (Cf. *ABC*, 7-III-36).

La proximidad de las elecciones francesas y la pretensión de condicionarlas de forma importante, fue otra de las variables que, sin duda, condicionó la decisión hitleriana ejecutada el 7 de marzo (Cf. DGFP, *vol cit.*, p. 274).

<sup>24</sup> Eden declaró en el Parlamento que las conversaciones entre los Estados Mayores, de celebrarse, deberían tener sólo un carácter técnico, alejado de implícitos compromisos militares o políticos (Cf. *ABC*, 24-III-36). Vid. esa misma cautela inglesa en los despachos del embajador checo en París (*DDF, ibid.*, p. 13). Idéntica actitud británica, pero referida a Bélgica, en *Documents on British Foreign Policy* (DBFP), Second Series, vol. XVIII, London, HMSO.

<sup>25</sup> Vid. W. S. CHURCHILL: *Memorias. Cómo se fraguó la tormenta*, Barcelona, Orbis, 1985, p. 161. A su vez, la falta de decisión francesa resultaba para el Reino Unido “una mecedora demasiado confortable” (Vid. A. EDEN: *Memorias, op. cit.*, p. 121).

<sup>26</sup> El texto de la condena, en *ABC*, 20-III-36.

el mismo eco que las que recibieron en el Reich las contrapropuestas de París. Es decir, ninguno.

Ahora bien, si –según Eden y Churchill– Francia no había respondido contundentemente al Reich a causa de una patente debilidad, también hay que reconocer que Inglaterra había marcado distancias con respecto a Francia porque la mayoría de sus medios dirigentes seguían pensando que el régimen nazi era una dictadura brutal, pero excepcional, que al no haber comprometido las bases esenciales del sistema económico, evolucionaría tarde o temprano hacia fórmulas de normalidad institucional, previa decisión en este sentido del ejército y de las élites socioeconómicas<sup>27</sup>.

Además, Gran Bretaña veía con buenos ojos la recuperación económica de Alemania, cuya crisis postbélica, así como la posterior a 1929, tanto habían contribuido a acentuar sendos ciclos recesivos en Europa<sup>28</sup>. Incluso, con notoria ingenuidad, el Foreign Office seguía barajando entre sus opciones la de tolerar un cierto nivel de agresividad alemana, para mantener la influencia sobre Francia y el resto de países continentales<sup>29</sup>.

Por eso, el gobierno Baldwin –si hemos de creer al embajador francés en Londres– prestó atención a las ofertas de distensión contenidas en el memorándum von Neurath<sup>30</sup>. Tal política contaba, lógicamente, con el apoyo de la mayoría conservadora, una de cuyas corrientes admiraba incluso lo que llamaba las *realizaciones* del régimen del NSDAP<sup>31</sup>.

Pero el respaldo era mucho más amplio; por ejemplo, el arzobispo de Canterbury se mostraba comprensivo con la tesis alemana de la plena igualdad de derechos y, aún condenando la violación de tratados cometida el 7 de marzo, solicitaba que el *Premier* convocase una Conferencia Internacional para abordar el problema y discutir la oferta hitleriana de desarme<sup>32</sup>. A su vez, en medios periodísticos tan importantes como

<sup>27</sup> Esa ingenuidad hacía las delicias de *Der Angrifff* del *Berliner Boersen Zeitung* (Cf. *El Sol*, 11 y 12 de marzo del 36).

<sup>28</sup> Recuérdse la obra de J. M. KEYNES, *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 1987 (reed.); sobre la oposición de la City a sanciones económicas contra Alemania, vid. *ABC*, 17-III-36.

<sup>29</sup> Cfr. N. MEDLICOT: "Britain and Germany: the search for agreement. 1930-1937", en D. DILKS (ed.), *Retreat from power. Studies in British foreign policy of the Twentieth century*, vol. II, London, Macmillan.

<sup>30</sup> La opinión del embajador francés en *DDF*, *ibid.*, p. 32.

<sup>31</sup> El punto de vista de este sector coincidía con el fondo argumental del memorándum von Neurath. Significativamente, se oponía a que el Tratado Franco-Soviético se sometiese a mediación arbitral del Tribunal de la Haya (Cf. *ABC*, 21-III-36). Eran opiniones que en España compartían los hombres de Acción Española, como dejó ver Calvo Sotelo en alguno de sus más sonados discursos en las Cortes; lógicamente, *ABC* seguía la misma orientación (Cf. *ABC*, 3-III-36 y 17-III-36).

<sup>32</sup> La coincidencia del arzobispo de Canterbury con las tesis alemanas, en (cf. *ABC*, 24-III-36 y *El Sol*, 21-III-36).

Las propuestas de Hitler sobre desarme, particularmente el naval, en *ABC*, 13-III-36. La propuesta oficial británica al tema fue gélida (Cf. *ED*, 15-III-36). No podía ser menos, ya que el Reino Unido estaba comprometido en un importante programa de modernización de sus fuerzas armadas, que pivotaba sobre todo en la flota y en la aviación (Cf. A. EDEN: *Memorias, op. cit.*); según el Libro Blanco sobre Defensa Imperial, en 1937 se harían inversiones por valor de 157 millones de libras (Cf. *ABC*, 4-III-36, 19-III, 1-IV, 22-IV y 8-VII-36).

*Daily Mirror*, *Daily Mail*, *Manchester Guardian*, *Daily Telegraph*, *Yorkshire Post* y *Times*, portavoz ocasional del gobierno, se sostenían opiniones del mismo jaez. En algún caso, se asumía la tesis nazi de que la reocupación de Renania era el justo pago por la hazaña antirrevolucionaria del 30 de enero de 1933:

“Este éxito —decía lord Queenborough en el *Telegraph*— ha salvado a Alemania del Comunismo, y al resto de Europa de todos los peligros que habrían resultado de aquel. Al pronunciarse por el nacional-socialismo y contra el Comunismo, el pueblo alemán ha puesto a su jefe en condiciones de prestar a la humanidad un servicio inconmensurable”<sup>33</sup>.

Los medios financieros, a su vez, se oponían a que la SdN sancionase económicamente a Alemania, por el temor a ahondar la recesión que aún castigaba a este y a otros países europeos; las sanciones, además, podían provocar el colapso económico del Reich, al dirigirse, como era de esperar, contra el complejo militar, que era ya el mayor subsector industrial del país y el animador de toda la vida económica<sup>34</sup>. Y con semejante escenario, era probable que el régimen se viera compelido, para subsistir, a desencadenar una guerra.

La aprensión a que las sanciones desacelerasen el ritmo de la producción alemana se explica también porque el armamentismo del Reich estaba ya estimulando el de otros Estados, favoreciendo con ello su salida del ciclo depresivo, y porque existía una intensa colaboración de muchos países —por supuesto, de Inglaterra, sus Colonias y Dominios— con Alemania, en los terrenos del crédito, la exportación de minerales estratégicos, municiones, vehículos terrestres, e incluso, componentes navales y de motores de aviación<sup>35</sup>.

De entre los sectores que defendían la política hitleriana, merece mención especial la Anglo-German Fellowship; contaba con medio millar de distinguidos socios, entre ellos lord Lothian y lord Renwill, e insistía continuamente en la necesidad de abrogar el Tratado de Versalles, causa de todas las tragedias alemanas desde 1919. Ni que decir tiene que la AGF se identificaba con el *nuevo Locarno* y proponía que el Reino Unido, en lugar de concertar prioritariamente su política con Francia, para luego entre ambas dictarla al Reich, estableciera unas nuevas relaciones con este, basadas en la confianza<sup>36</sup>.

En una línea similar se movían muchos hombres del Partido Liberal que, como tercera fuerza política, ejercía también considerable influencia, debida, entre

<sup>33</sup> *ABC*, 3-IV-36. Sobre la posición de la prensa británica, vid. *ABC*, 6-III-36, 17-III-36 y 3-IV-36.

<sup>34</sup> Cf. *ABC*, 23-III-36. Y es que el castigo económico de Alemania tras la Gran Guerra fue siempre batante contestado en el Reino Unido (Cf. J. M. KEYNES: *op. cit.*, y E. MANTOUX: *The Cartaginean Peace, or The Economic Consequences of Mr. Keynes*, London, Oxford Univ. Press, 1946).

<sup>35</sup> Cf. O. PRETECEILLE: “La marcha del mundo. Quiénes apoyan al rearme de Hitler”, *Leviatán*, núm. 15, julio 1935, pp. 174-176. Vid. para el caso español A. VIÑAS, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, Alianza Universidad, 1977.

<sup>36</sup> Cf. *ABC*, 16-VII-36.

otras cosas, al prestigio de Lloyd Georges<sup>37</sup>. Sólo los laboristas eran partidarios de la confrontación con la dictadura antiobrera de Alemania y de la reorientación de la política exterior británica hacia una más estrecha colaboración con Francia, si bien eran —ilógicamente— renuentes a todo incremento del gasto defensivo<sup>38</sup>.

Como es sabido, también había un pequeño grupo de diputados conservadores, vinculados a la *National Review* y que defendían similares planteamientos, cercanos, por otra parte, a los de algunos miembros del Comité de Asuntos Exteriores del partido *tory*, como Austen Chamberlain, Hoare y Churchill, para quienes el apaciguamiento era el camino más corto hacia un nuevo conflicto con Alemania<sup>39</sup>.

Así pues, la opinión consecuentemente partidaria de la confrontación con la Alemania hitleriana era muy minoritaria en el Reino Unido<sup>40</sup>. Por ello, el gobierno Baldwin se veía impulsado a una política exterior ambiguamente proalemana y muy recelosa ante cualquier incremento del nivel de compromiso con Francia, a cuya inestabilidad política había que sumar la posibilidad, aterradora para Londres, de que pudiera ganar las elecciones una coalición en la que había comunistas.

Tal política, basada en la vieja concepción de la *balanza de poder*, podía ser válida cuando los Estados europeos mantenían una mínima homogeneidad de sistema político y de filosofía de las relaciones mutuas, lo que no era el caso ni de Alemania ni de Italia en 1.936. Por tanto, en vez del deseado equilibrio, la política de Baldwin estimuló una aproximación de Francia a Italia que, instrumentada para compensar el distanciamiento inglés, favoreció el oportunismo internacional de Mussolini; además, al alejar a Londres de París, facilitó un paralelo acercamiento angloalemán, cuya virtualidad más importante fue realimentar el distanciamiento franco-inglés.

Mussolini, respaldado en la ruptura de Locarno y en el golpe propinado por Alemania el 7 de marzo a la SdN —ámbito sancionador de su política africana—, seguiría buscando en Francia la comprensiva cobertura de su política abisinia. A su vez, Hitler intentaría obtener de Inglaterra tolerancia para su proyectada revisión del orden europeo. La desconexión franco-inglesa, pues, favorecería el que Alemania e Italia considerasen rentables sus particulares retos al sistema de seguridad colectiva.

<sup>37</sup> Lloyd Georges, Lord Londonderry y Lord Beaverbrook se mostraron hostiles, desde las columnas del Daily Mail, incluso a las conversaciones entre los Estados Mayores francés e inglés, para que el Reino Unido no adquiriera ningún tipo de compromisos con Francia en su contencioso con Alemania.

<sup>38</sup> Vid. despachos del embajador francés Corbin (Cf. *DDF*, vol. cit.). Sin embargo, en el *Labour*, había excepciones de benevolencia ante Hitler, como las de Landsbury y Tim Johnston (Vid. *ABC*, 18-III y 24-III-36). Vid. asimismo, W. R. TUCKER: *The attitude of the British Labour Party towards European and collective security problems*, Gênevè, Institut Universitaire de Hautes Etudes Internationales, 1950. Las quejas de Eden sobre la actitud laborista ante el gasto militar, en *Memorias*, op. cit.

<sup>39</sup> Cf. *El Sol*, 13-III y 18-III-36.

<sup>40</sup> Vid. *ABC*, 24-III-36.

Eden explica la moderación británica ante Alemania en la simpatía que el *apaciguamiento* hacia el Reich tenía en una opinión pública como la inglesa, presta al olvido de las antiguas enemistades; incluso atribuye la actitud británica ante el 7 de marzo al afán —fríamente calculado— de aleccionar a París por la tibieza con que Pierre Laval había actuado en la SdN, con ocasión del ataque italiano a Etiopía<sup>41</sup>.

En Berlín, como es lógico, se estaba perfectamente al tanto de esta situación y se la explotaba a modo. Máxime que el *cuestionario* británico con el que oficialmente se respondió al memorándum von Neurath aceptaba lo esencial de las propuestas alemanas y únicamente pedía aclaraciones sobre la validez que el gobierno del Reich otorgaba al vigente orden europeo, así como sobre el respeto que prestaría en adelante al conjunto de Tratados que había suscrito o podía suscribir<sup>42</sup>.

Así pues, la política exterior inglesa basculaba entre la utopía y la ingenuidad —si se nos permite hablar así—, al considerar que la situación interna alemana era meramente un ajuste transitorio y funcionalmente útil para contener la marejada izquierdista de algunos países continentales y para aleccionar a Francia, pero sin efectos decisivos a medio plazo sobre el orden internacional.

Sin embargo, desde Londres, un lúcido observador como Ramos Oliveira señalaba que la expansión hitleriana no podría ceñirse a Europa y plantearía pronto a Inglaterra la exigencia de un nuevo reparto colonial. Con clarividencia profética indicaba que Austria, Checoslovaquia y Polonia serían las pruebas de fuerza anunciadoras de nuevas y más amplias exigencias<sup>43</sup>.

Además, aparte que algunos gobiernos de los Dominios presionaran al de Gran Bretaña para que no asumiera los costes de una política de confrontación con Alemania<sup>44</sup>, lo cierto es que Londres, por el momento, realizaba una política europea basada más en la tolerancia hacia el Reich que en la adquisición de nuevos compromisos de seguridad mutua con Francia. Lo que generaba una fuerte sensación de *impasse* en la situación continental, favorable a sorpresas como la de Renania.

La existencia de semejante peligro se podía percibir en la interpretación de Berlín a la *frialdad* con que en Londres se acogió la respuesta del Quai D'Orsay al

<sup>41</sup> Cf. A. EDEN: *op. cit.* Sobre el *apaciguamiento*, vid. M. GILBERT: *The roots of appeasement*, London, Weidenfeld and Nicolson, 1966, donde se analiza la política de Eden y Halifax como intento de integración de Alemania en el concierto internacional; del mismo autor, *Britain and Germany between the Wars*, London, Longman, 1964, que estudia la consideración que la política alemana ofrecía a la opinión inglesa.

<sup>42</sup> Cf. DGFP, *op. cit.*, pp. 92-95.

Inglaterra sólo se mostraba inflexible en lo referente a la demanda alemana de poseer colonias (Cf. ABC, 7-V-36). Lo tardío del Cuestionario británico demostraba a las claras la actitud de Londres. Por ello, *Völkischer Beobachter*, al responder oficiosamente al mismo, prometía estudiar el documento con la lentitud que exigía su importancia (Cf. ABC, 9-V-36).

<sup>43</sup> Cf. ES, 10-IV-36. Sobre los proyectos mundiales del hitlerismo, vid. el comentario de A. Viñas a la tesis de A. Kuhn (cf. A. VIÑAS, *La Alemania nazi...*, *op. cit.*, p. 91).

<sup>44</sup> Por ejemplo, el gobierno canadiense, que aceptaba las banas intenciones de Alemania y aconsejaba a Gran Bretaña evitar una intervención basada en compromisos como el de Locarno (Cf. DDF, *ibid.*, pp. 84-5).

memorandum von Neurath, hecha pública el 8 de abril. La prensa alemana anunciaba a bombo y platillo que el Reino Unido rechazaba definitivamente secundar a Francia en su contencioso con el Reich y que el desacuerdo entre ambas potencias era total<sup>45</sup>.

Quizá el Foreign Office y el Quai D'Orsay deberían haber advertido que la mezcla de satisfacción e irritación de la prensa alemana ante el documento francés y ante la acogida que se le dispensó en Inglaterra expresaba el temor a que Gran Bretaña *comprendiera* las razones de París. En tal supuesto, la Wilhemstrasse siempre había previsto dificultades considerables a sus movimientos agresivos. En efecto, una iniciativa conjunta franco-británica podría desbloquear la situación europea y obligar al Reich a moderar su política; incluso, si la presión era adecuada, a pensar seriamente en reajustes del régimen<sup>46</sup>.

En un tono más templado que el del memorándum de 8 de abril, Flandin volvió a plantear la posición de su gobierno en la reunión en Ginebra de los signatarios del Pacto de Locarno; expresó su desconfianza ante las pretensiones alemanas de reformular este, junto con el Fundacional de la SdN y pidió aclaraciones sobre el sentido de propuestas que, a su juicio, destruían el Tratado de Versalles<sup>47</sup>. Flandin rechazó el memorandum von Neurath como base de discusión y, aunque convencido de que Inglaterra no implementaría medios militares en apoyo de Francia —ni siquiera a nivel de exhibición<sup>48</sup>—, manifestó que su gobierno se reservaba plena libertad de acción si el Reich, siguiendo por la senda del 7 de marzo, construía fortificaciones en su frontera occidental<sup>49</sup>.

La reunión no aportó resultados de ningún tipo; todo quedó como antes de la Conferencia. Como prueba del *impasse* a que se había llegado, los presentes se dieron meramente por enterados del memorándum alemán de 31 de marzo y francés de 8 de abril y comisionaron al Reino Unido para que solicitase a Alemania aclaraciones sobre sus propuestas<sup>50</sup>.

<sup>45</sup> Vid. despacho de François-Poncet, embajador francés en Berlín, en *DDF, ibid.*, p. 95. El documento francés negaba, en tonos ásperos, la validez de los argumentos jurídicos alemanes y señalaba el peligro de que el caso de Renania se produjera en breve plazo en Austria, Checoslovaquia y Países Bálticos. Por eso no se podía hablar, a juicio e París, ni de distensión, ni de un *nuevo Locarno* (*Ibid.*, pp. 71-75).

<sup>46</sup> Vid. la irritación alemana en *DGFP, op. cit.*, pp. 405 y ss; y es que toda la política exterior alemana pivotaba, según François-Poncet, sobre la preocupación de lograr un acercamiento anglo-alemán (*Ibid.*, p. 96).

<sup>47</sup> Para la postura de Flandin en Ginebra, vid. *ABC*, 11-IV-36.

<sup>48</sup> En Westminster, conservadores y liberales votaron conjuntamente contra todo tipo de presencia de tropas inglesas en el Continente, ni siquiera para realizar misiones de vigilancia en la zona del Rin, tal como había solicitado Francia (Cf. *El Sol*, 24-III-36).

<sup>49</sup> El temor de prácticamente todos los países continentales era que la construcción de las fortificaciones de la Línea Sigfrido impidiese cualquier posibilidad de intervención militar francesa a favor de Checoslovaquia o las Repúblicas Bálticas (Cf. *DDF, op. cit.*, p. 97). Churchill compartía este temor. (Cf. W. S. CHURCHILL: *Memorias. De guerra a guerra, op. cit.*, p. 107).

<sup>50</sup> Para Eugenio Montes, el Pacto de Locarno no significaba nada, mientras los proyectos del Fürher eran *de grandeza cósmica* (Cf. *ABC*, 24-III-36).

Gran Bretaña veía así parcialmente confirmada su posición de fiel de la balanza europea. Pero subsistía un doble problema: por una parte, Francia consideraba inútiles las gestiones ante Alemania hechas desde una perspectiva apaciguadora; por otra, el mismo gobierno británico recelaba de los riesgos que implicaba una activa política de equidistancia entre París y Berlín. En efecto, podía llegarse a una situación en que un movimiento resuelto de Londres, en un sentido o en otro, bastase para determinar el éxito de iniciativas francesas o alemanas. Y en tal caso, el Reino Unido sería corresponsable de lo que aconteciese en Europa, pudiendo ser arrastrado a un no deseado *alineamiento*<sup>51</sup>.

#### INICIATIVA ALEMANA

Pero aunque la política exterior inglesa resultase objetivamente favorable a Alemania, Hitler era consciente de las dificultades de un verdadero acercamiento<sup>52</sup>. Pensaba que el verdadero reforzamiento de sus posiciones sólo podría venir de Italia, con cuyo Duce mantenía cordiales relaciones y con el que compartía el mismo resentido desprecio hacia la SdN y el orden internacional representado por esta<sup>53</sup>.

En un despacho de 9 de abril, François-Poncet señalaba que la preocupación del Reich por conservar buenas relaciones con el Reino Unido, no le impedía estrechar cada vez más sus lazos con Italia, tal como demostraba el reciente viaje a la península de Hans Frank, ex-portavoz del primer gobierno Hitler y presidente de la Academia de Jurisprudencia de Alemania, y tal como se deducía de los calculados elogios que la prensa nazi cantaba del régimen fascista y de su *audacia africana*.

“La prensa alemana —decía el diplomático— agita hasta el límite en que advierte que los ingleses olfatean peligro y comienzan a traslucir su disgusto al Reich; pero en general, es muy prudente, para que estos no se alerten demasiado y busquen relaciones más estrechas con Francia”<sup>54</sup>.

La actitud nazi se explicaba porque, tras la coyuntura abierta con la remilitarización del Rhin, Italia desempeñaba un cierto papel arbitral en el Continente. El

<sup>51</sup> Vid. *El Sol*, 27-III-36.

<sup>52</sup> El apaciguamiento inglés ante Alemania tenía como fundamentos la funcionalidad antisoviética del hitlerismo y el reconocimiento de las aspiraciones alemanas de rectificación de Versalles (Cf. M. GILBERT, *op. cit.*).

<sup>53</sup> Cf. R. DE FELICE: *Mussolini e Hitler. I rapporti segreti (1922-1933)*, Firenze, Le Monnier, 1.983. Vid. también del mismo autor, *Rapporti tra fascismo e nazionalsocialismo fino all'andata al potere di Hitler*, Napoli, Edizioni Scientifiche Italiane, 1966.

<sup>54</sup> Cf. *DDF*, vol. cit., pp. 96-97. Vid también *DGFP*, vol. cit., p. 385.

apoyo italiano parecía decisivo tanto a Alemania como a Francia, porque podía contribuir a facilitar a la primera su revisión de Versalles y podía también ayudar a la segunda en la defensa del mismo.

Alemania, desde luego, pese a las protestas de moderación contenidas en el memorándum von Neurath, valoraba adecuadamente el significado del apaciguamiento inglés y de la impotencia francesa y reafirmaba, en consecuencia, su voluntad expansionista sobre Austria, Polonia, Checoslovaquia y los Balcanes<sup>55</sup>.

Debido a ello, Polonia había puesto en marcha un rápido programa de rearme. Asimismo, en un evidente intento de acomodo con el Reich, el hombre fuerte del país, Rydz-Smigly, había declarado que no consideraba que las obligaciones militares con Francia fueran firmes en cualquier supuesto<sup>56</sup>. A su vez, Austria restableció el 1 de abril el servicio militar obligatorio<sup>57</sup>, rompiendo el Tratado de Saint-Germain y debilitando aún más el orden internacional y el sistema de seguridad colectiva, base de su integridad. En realidad, aparte de lanzar una señal a Alemania, el Canciller von Schuschnigg buscaba consolidar el autoritarismo imperante en el país desde la contrarrevolución del 34. No advertía que la verdadera amenaza para la seguridad de la República no provenía ya del socialismo, sino de Alemania y del nazismo local; y tampoco valoraba suficientemente la negativa impresión de *revisiónismo* que la medida causaría en Yugoslavia, Checoslovaquia y Rumanía<sup>58</sup>.

En cualquier caso, Austria y Polonia mostraban la escasa credibilidad que otorgaban a la propuesta alemana de un *nuevo Locarno* entre el Reich y sus vecinos<sup>59</sup>, considerada demasiado ambigua y encaminada a propiciar el retraimiento inglés ante los movimientos hitlerianos en Europa Central y Oriental.

Mussolini pensaba igual. Según manifestó al embajador francés en Roma, De Chambrun, creía que la iniciativa del *nuevo Locarno* era una mera cobertura del proyecto de rearme, así como de la construcción de fortificaciones en la frontera oeste, con la que el Führer pretendía desalentar cualquier veleidad de intervención de Francia a favor de los Estados de la Mitteleuropa con los que había suscrito acuerdos defensivos<sup>60</sup>.

<sup>55</sup> En largo despacho de la Embajada norteamericana en Berlín, núm. 3.019, se analizaba con crudeza y realismo la pretensión hegemónica de Alemania para Europa Central, que no era sólo política, sino también económica (Cf. *FRUS*, vol. cit.).

<sup>56</sup> Cf. J. BECK, *Dernier rapport. Politique Polonaise. 1926-1939*, Neuchâtel, La Baconnière, 1.951. Vid. asimismo ES, 11-III-36. Sobre los proyectos militares del gabinete polaco de Slawoj Skladwsky, vid. *El Debate* (ED), 1-V-36.

<sup>57</sup> Cf. *DDF*, op. cit.

<sup>58</sup> Sobre todo en Rumanía, que temía que el ejemplo de Viena pudiera ser seguido por Hungría y Bulgaria, que reivindicaban, respectivamente, parte de Transilvania y La Dobruja (Cf. *DDF*, *ibid.*, pp. 19, 49, 54 y 55).

<sup>59</sup> La exhortación alemana a sus vecinos para concluir pactos bilaterales de no agresión con el Reich era considerada en París como una amenaza directa contra el sistema de seguridad construido por Francia a partir de 1919, que era uno de los pilares de la Sociedad de Naciones (Cf. *DDF*, op. cit., p. 23).

<sup>60</sup> Cf. *DDF*, op. cit., vol. I, París, 1963, p. 33. El gobierno francés expresó idénticos puntos de vista al alemán (Vid. el despacho de 10 de abril de François-Poncet, en *DDF*, op. cit., vol. II, p. 97).

Ahora bien, temores o recelos, era incuestionable que Alemania había tomado desde el 7 de marzo la iniciativa de la política europea. Y a remacharlo, magnificando su poder y su audacia, contribuyeron toda clase de rumores y bulos. Cuando no era el gobierno checo el que claudicaba, eran Dantzig o Memel las amenazadas de ocupación inmediata<sup>61</sup>, lo mismo que Austria, cuyo gobierno estaría dispuesto al *Anschluss*. Tal ambiente, reflejo de la tensión del momento y a cuya creación contribuyeron mucho las declaraciones o actitudes de algunos gobiernos, potenció la sensación de inestabilidad, favoreciendo las tendencias proclives al apaciguamiento con Alemania.

Ocasionalmente, los medios diplomáticos franceses contribuyeron no poco a ello. Y es que durante la primavera de 1936, la política exterior de Francia se vio dominada por el nerviosismo y el apresuramiento, por objetivos alternantes y no siempre compatibles, resultando más eficaz en alimentar la agresividad alemana que en reducir su peligrosidad.

Un permicioso efecto fue la práctica disolución de la Pequeña Entente y de la Entente Balcánica, al comprobar sus miembros que su gran aliado del Oeste no era capaz de frenar la acometividad germana ante sus mismas fronteras, ni tampoco lo bastante hábil como para actuar eficazmente en términos diplomáticos. Así pues, mostraron cada vez más claramente su intención de salvarse en solitario, buscando acuerdos particulares con el Reich, mientras aún hubiera tiempo.

#### APACIGUAMIENTO, FRENTE POPULARES Y CRUZADA ANTISOVIÉTICA

Además, en una coyuntura como la que venimos analizando, las elecciones parlamentarias francesas despejaron el camino a un mayor acercamiento italo-alemán: el triunfo electoral del Frente Popular y la formación del Gobierno Blum dejaron en manos de las fuerzas más hostiles al nazi-fascismo las palancas del poder político de Francia. Además, habida cuenta de que en España gobernaba desde febrero una fórmula similar, Berlín y Roma tenían la constitución en un futuro inmediato de un eje de estrecha cooperación entre ambas repúblicas. Por si fuera poco, la fórmula de gobiernos de unidad antifascista parecía poder extenderse a Grecia y Bélgica, consideradas respectivamente por Italia y Alemania como zonas de interés preferente<sup>62</sup>.

En Berlín se daba por supuesto que, con la composición del nuevo ejecutivo galo, se produciría inevitablemente un incremento de la tensión con Francia. Era preciso, pues, manipular la nueva situación para conseguir mantener, cuando menos, las posiciones ganadas por el Reich<sup>63</sup>.

<sup>61</sup> El propio documento de respuesta del Quai D'Orsay al memorándum von Neurath consideraba la reocupación de Renania como un vaticinio de lo que podría suceder en Dantzig o Memel.

<sup>62</sup> Para la etapa de la política de Frente Popular francés, vid. P. RENOUVIN et R. RÉMOND (DIRS.): *Leon Blum, Chef de Gouvernement, 1936-1937*, París, Presses de la FNSP, 1967.

<sup>63</sup> Cf. *DDF, op. cit.*, p. 297.

Ciertamente, eran muy alarmistas los juicios que la prensa alemana hacía del significado internacional del triunfo del Frente Popular francés. Fingía ignorar declaraciones muy autorizadas. Por ejemplo, las formuladas por Blum en el American Press Club de París, en las que había manifestado que su gobierno se mantendría fiel a los principios de la *seguridad colectiva*, que incluían la escrupulosa observancia de la doctrina de no injerencia en asuntos internos de otros Estados:

“No hay que suponer por un instante –había dicho el jefe del gobierno francés–, porque sería una hipótesis absurda, que podamos llevar al país hacia posiciones belicosas por espíritu de odio, por vengar a camaradas perseguidos, o con la esperanza de destruir tal o cual régimen”<sup>64</sup>.

En Berlín se insistía en que Francia se había convertido, tras España, en otra sucursal de Moscú; la formación del Frente Popular francés habría respondido a órdenes directas de la Komintern y sería una secuela del Tratado Franco-Ruso; y puesto que este era el instrumento diplomático básico del expansionismo soviético en Europa y se inspiraba en intenciones antialemanas, era evidente que el objetivo último de aquel era destruir el baluarte anticomunista de Europa, la Alemania hitleriana<sup>65</sup>.

*ABC* reflejaba fielmente semejantes tesis, a través de su corresponsal en Berlín, Eugenio Montes. En sus crónicas, el escritor falangista arremetía contra el nuevo curso de la política francesa y contra su artífice más destacado, Blum, quien por su condición de judío y socialista sería la más palmaria muestra de la asociación que en las democracias se producía entre los dos grandes enemigos de Alemania, el judaísmo y el marxismo<sup>66</sup>.

La tónica de *ABC* era sensiblemente parecida a la de *El Debate*, si bien este mantenía un tono más moderado y, al analizar la situación francesa, normalmente se centraba en la búsqueda de claves de similitud con el ambiente español.

Aplicando a Francia la visión que la CEDA tenía sobre la etapa española abierta el 16 de febrero, *El Debate* creía percibir en Francia una situación revolu-

<sup>64</sup> *El Sol*, 16-V-36. El *ABC* también recogería las siguientes palabras de Blum: “Cualquiera que sea el régimen y la política interior de las naciones, queremos vivir en paz con todas ellas” (*ABC*, 16-V-36). Las declaraciones de Blum tenían particular valor al ser pronunciadas donde lo fueron, habida cuenta de la hostilidad que la prensa norteamericana más vinculada a la gran industria tenía al régimen hitleriano (Cf. G. Kolko, “American bussiness and Germany. 1930-1941”, en *Western Political Quaterly*, vol. 15, pt. 4, 1.962).

<sup>65</sup> Vid. *ABC*, 29-V-36 y del 8-V-36. Ante una concepción tan rígida, caerían en el vacío los sagaces consejos de Franz von Papen sobre la política que la Wilhemstrasse podía desarrollar para influenciar la opinión francesa (cf. *DGFP*, p. 274).

<sup>66</sup> “Judería y nada más –decía Eugenio Montes en una de sus crónicas–; pues ¿qué es en el fondo el marxismo sino la redención de un pueblo oprimido que antes se llamaba Israel y ahora se llama proletariado?” (*ABC*, 29-V-36).

cionaria definida por una agitación laboral y social, que el gobierno no sólo se veía impotente para encauzar, sino que él mismo estimulaba, dejándose presionar por sindicatos y organizaciones frentepopulistas<sup>67</sup>.

La subversión imperante daba lugar –según el rotativo católico– a continuos incidentes en las Cámaras parlamentarias, expresivos de la anarquía existente; y mientras los sindicatos planeaban el control obrero de prensa, banca e industria, el poder ejecutivo proyectaba la depuración del ejército, la policía y la magistratura, para facilitar el asalto revolucionario al poder, que efectuarían al unísono, en cada localidad de Francia, los respectivos comités de Frente Popular<sup>68</sup>.

El dirigente/supervisor de todo el proyecto subversivo sería el delegado de la Komintern, Ercoli/Togliatti, encargado de impartir las directrices ya probadas con éxito en España. Desde tal perspectiva, incluso el rechazo de Blum a la participación gubernamental de los comunistas no era, al igual que en España, sino una añagaza para ocultar mejor los auténticos propósitos de la revolución marxista; en la misma línea, la ilegalización de Falange Española sería el modelo del tratamiento a aplicar en Francia al fenómeno de *Las Ligas*<sup>69</sup>.

El punto de vista de la prensa conservadora española sobre los frentes populares a ambos lados del Pirineo coincidía con el de los gobiernos de Roma y Berlín. En efecto, Massigli, jefe del Departamento Político del Quai D'Orsay, señalaba en un informe a su gobierno que Mussolini consideraba a los ministros de Blum peligrosos revolucionarios, enemigos directos del fascismo. Les culpaba, además, del oscuro momento por el que pasaba Francia, con la concatenación de huelgas y ocupaciones de fábricas que acompañaron la victoria electoral de la izquierda<sup>70</sup>.

Por su parte, la información/propaganda nazi, que tanto eco hemos visto que tenía en los círculos británicos más conservadores, convertía al frente popular francés en comodín justificativo –a posteriori– de la reocupación de Renania. Una

<sup>67</sup> La realidad era muy otra: los socialistas, que eran la columna vertebral del Frente Popular francés, rechazaban la formación de comités unitarios de base a escala local y auspiciaban la tranquilidad pública (Cf. *ES*, 6-VI-36 y *ABC*, 23-V-36).

<sup>68</sup> La revolución, al menos como proyecto gubernamental, tenía la misma entidad que los comités locales. Ante la Federación Socialista del Sena Blum había proclamado: "Nuestro programa se sitúa en el interior de la sociedad capitalista. Será en el interior de la sociedad capitalista donde tengamos que operar. Nuestra tarea consistirá en extraer de ese régimen social todo lo que en el subsista de bienestar y de justicia" (*ABC*, 16-V-36).

<sup>69</sup> Tal era el tono de las crónicas enviadas desde París por Merry del Val (Cf. *ED*, 16-V, 23-V y 5-VI-36).

*El Sol*, sin embargo, mantenía una actitud mucho más comprensiva del estado de cosas imperante en Francia, insistiendo que el reformismo de Blum no tenía nada que ver con un proceso revolucionario, sino que era su mejor antídoto (vid., por ejemplo, la crónicas de su corresponsal en París, Aramburu, del 6 y 7 de mayo del 36, o la reproducción de las opiniones de Daladier el 21 de junio del mismo año).

Respecto a la cuestión de Las Ligas, *ABC* recalca los elogios de *L'Humanité* a los propósitos de Casares Quiroga de emplear mano dura contra los alborotadores fascistas (Cf. *ABC*, 23-V-36). *ABC* ponía un particular esmero en reseñar los conflictos de orden público en la vecina República (*ABC*, 1-VII, 8-VII y 16-VII-36).

<sup>70</sup> Cf. *DDF*, *op. cit.*, p. 432.

nota de François-Poncet, de 15 de junio, relativa a sendos discursos de Rudolf Hess y Goebbles, decía así:

“...los dos lugartenientes del Führer han hablado del peligro bolchevique, peligro que vendría hoy del oeste, y han proclamado la voluntad alemana de hacerle frente en caso de resultar contagioso. En los recientes acontecimientos políticos de España, Francia y Bélgica, los dirigentes hitlerianos encuentran una ocasión, que explotan a modo, para justificar su acción política y, sobre todo, la ocupación de Renania. Siempre procuran resaltar el orden que reina en todo el país gracias a su política”<sup>71</sup>.

El altavoz español de Berlín, Eugenio Montes, repetía días después en *ABC* esas mismas ideas, tomándolas de la prensa de Alemania. Este país aparecía, en la remilgada prosa del cronista, como una isla de orden frente a los rojos turbiones que amenazaban Europa. Desde tal perspectiva, la remilitarización de Renania era una acción preventiva ante el avance comunista en el Sur y Oeste de Europa. Según Montes, Hitler había previsto el peligro en Francia y en España y con su acción en Renania había querido demostrar que obraría igual en el futuro, si la defensa anticomunista del Continente así lo exigía <sup>72</sup>.

La absoluta cerrazón que los responsables políticos alemanes mostraban ante el fenómeno del Frente Popular se explica por la brutal rigidez de su ideología y por el interés de enmascarar con ella la prosecución de sus objetivos internacionales. Hitler rechazaba las continuas aclaraciones del embajador François-Poncet sobre qué era el Frente Popular, en general, y en Francia en particular, y cómo nada tenía que ver con el Tratado Franco-Ruso, el Franco-Checo, o la Pequeña Entente.

“La obstinación que el IIIer. Reich demuestra le es muy útil -afirmaba el diplomático-, porque le permite actuar sobre la moral de la población y justificar su programa armamentístico, evocando el peligro ruso y la amenaza de cerco”<sup>73</sup>.

En Italia sucedía algo parecido. Las organizaciones fascistas llevaban a cabo una fuerte campaña de propaganda, en la que se presentaba la imagen de una Francia que habría perdido con el Frente Popular su vigor nacional y sus virtudes militares, y a la que el avance avasallador del comunismo quebrantaba día a día en el terreno económico, social y moral. Semejante propaganda evidenciaba la creciente coincidencia con la política exterior alemana<sup>74</sup>.

Pero la incompreensión del significado de los frentes populares alcanzaba incluso a países como los Estados Unidos. La agencia *UPI* habitualmente presen-

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 454.

<sup>72</sup> Cf. *ABC*, 29-V y 26-VI-36.

<sup>73</sup> *DDF*, *ibid.*, p. 656.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 487.

taba en sus informaciones la imagen de una Francia y una España dominadas por los obreros en huelga, donde el sistema de propiedad privada pendía de un hilo y cuyas fábricas y campos estaban permanentemente asediados por legiones de ilegales ocupantes.

Ya nos hemos referido más arriba a la tolerancia, cuando no simpatía, de ciertos círculos británicos hacia la política hitleriana. Esos sentimientos, asentados en un profundo antisovietismo, les llevaban a alarmarse ante las posibilidades que la táctica frentepopulista ofrecía a la normal inserción de la URSS en la política europea. Ese sería el corolario de la cada vez más poderosa presencia en países como Francia y España de partidos que oficialmente eran secciones de la Komintern<sup>75</sup>.

Para el propio gobierno británico, los Frentes Populares representaban en 1936 una urgencia mayor que la del expansionismo alemán, algunos de cuyos objetivos le parecían tolerables, precisamente por el revestimiento anticomunista que los envolvía. Lady Milner escribía en la *National Review* que no era descartable en un futuro próximo un ataque a gran escala de Alemania a la URSS, toda vez que la coyuntura internacional favorecía a Hitler; en tal eventualidad, Gran Bretaña debería mantenerse inmóvil, consciente del fatal quebranto que tras la ofensiva alemana recibiría el comunismo internacional y los movimientos de liberación del Imperio Británico<sup>76</sup>.

La verdad es el que proyecto hitleriano de destrucción de la URSS era algo de dominio público, aunque sin fecha exacta de realización. En *Mein Kampf* se presentaba como continuación de la antigua expansión civilizadora de la Orden Teutónica: se precisaba un nuevo *Drang nach Osten*, porque la revolución eslavocomunista de 1917 había dado el poder a los judíos, disolviendo así los elementos germánicos que impregnaban a las viejas clases dirigentes del zarismo; sin ellas, ya no era posible garantizar un mínimo de civilización en toda la Europa Oriental, con lo que Alemania quedaba directamente amenazada<sup>77</sup>.

En el diseño nazi de esta cruzada antibolchevique, Gran Bretaña debía cumplir el papel de un aliado pasivo, abierto a la negociación con el Reich sobre temas eventualmente conflictivos, como el de los respectivos niveles de armamento; Italia, a su vez, como nación *having not* que era, podría vincularse activamente al

<sup>75</sup> Para el fundamento económico y de clase de esta manera de ver las cosas, vid. G. T. HARPER: *German economic policy in Spain during the Spanish Civil War*, The Hague/Paris, Mouton and Co., 1967; asimismo, D. Little, "Red Scare, 1936", *Journal of Contemporary History*, vol. 23, núm. 2, abril 1.988, pp. 291-311; también W. S. CHURCHILL: *Memorias*, op. cit., pp. 179-180.

<sup>76</sup> Vid. la referencia al artículo de Lady Milner en *El Sol*, 10-VII-36.

Ya a fines de marzo de 1936, Eden había declarado en Los Comunes que los compromisos ingleses con el sistema de seguridad colectiva no incluían a la Unión Soviética. Haciendo de intérprete, señalaría ABC: "Si Francia guerra con Alemania so pretexto de una agresión del Reich a Rusia, Gran Bretaña no pestañeará. Más claro: deja, desde ahora, manos libres al Reich en el Este" (ABC, 27-III-36).

<sup>77</sup> Cf. L. ARAQUISTÁIN: "Lo que Hitler dijo a Simon", *Leviatán*, núm. 12, abril 1935, pp. 6-9. La derecha radical europea compartía tales ideas. Para Acción Española, la expansión alemana hacia el Este era un esfuerzo de ampliación de la civilización europea hacia zonas que estaban inexplotadas por sus degenerados pobladores. (Vid. ABC, 12-III y 23-IV-36).

proyecto germánico, mientras Francia quedaba en cuarentena, en tanto no cambiase su régimen democrático.

Estas eran las ideas alemanas sobre el equilibrio que debía reinar en Europa. Aunque mucho más toscas, no eran muy diferentes de las sustentadas por el Estado Mayor General y la Wilhemstrasse desde la época de Bismarck y conciliables, en parte, con las que sostenía la mayoría gubernamental inglesa<sup>78</sup>. En efecto, la diplomacia inglesa siempre había considerado a la URSS y a su proyección mundial, la Komintern, como fuerzas constitutivamente identificadas con el fin del capitalismo y del colonialismo y, por tanto, con la disolución del Imperio Británico. Por eso, la doctrina del Foreign Office había sido durante los años veinte la de no establecer relaciones entre Moscú y Londres

“...[mientras no cesase] la intervención del gobierno soviético en los asuntos internos de la Gran Bretaña, así como las continuas acciones rusas que, a lo largo de todo el mundo, las agencias rusas llevan a cabo contra el Imperio Británico”<sup>79</sup>.

Cierto es, con todo, que en los años treinta ambos gobiernos intercambiaron embajadores. Posteriormente, la necesidad de normal integración de la URSS en la vida internacional empujó a la Komintern a formular la estrategia de los Frentes Populares y a abandonar su anterior revolucionarismo. Aún así, Inglaterra siguió considerando que esos cambios eran meramente tácticos, que los objetivos de la URSS seguían siendo los mismos y que los Frentes Populares eran sólo un intento de desgaste de los países capitalistas, utilizando el marco democrático para atraer el socialismo y la izquierda democráticos al campo revolucionario. Es decir, que se mantenían las expectativas de revolución mundial, aunque graduándolas por fases<sup>80</sup>.

Además, la acelerada industrialización soviética, impulsada por Stalin, aparecía a los ojos ingleses como el peligro de surgimiento de una nueva gran potencia mundial, no sólo capaz de modificar en profundidad el equilibrio de fuerzas en Europa, sino también de alterarlo a escala planetaria.

Tales eran las preocupaciones del Reino Unido y desde ellas adquirían sentido sus inclinaciones proalemanas, concretadas ya en 1935 en el acuerdo naval con el Reich, fruto del desasosiego causado en White Hall por el Tratado Franco-Ruso<sup>81</sup>.

<sup>78</sup> Para el *Times* de Londres, el equilibrio europeo sólo podía asentarse en una entente anglo-alemana, que respetase la peculiaridad insular e imperial de Gran Bretaña y que no entrañase riesgos de un directo compromiso británico en el teatro eurocontinental (Cf. *ABC*, 7-VIII-36).

<sup>79</sup> *DGFP*, First Series, vol. II, pp. 945-6 y Vol. IV, pp. 159-162.

<sup>80</sup> *Ibid.*, vol. IV, pp. 364 y ss.; vid. también Ch. L. MOWAT: *Britain between the Wars. 1918-1940*, London, Methuen and Co., 1955; S. WHITE: *Britain and the bolshevik revolution*, New York 1980, pp. 102-3 y 125-140; R. ULLMAN: *Anglo Soviet relations. 1917-1921*, Princeton, P.U.P., 1961, p. 73.

La semejanza de planteamientos con la derecha radical española y Falange, en *ABC*, 12-V-36 y *Arriba*, 4-IV-35.

<sup>81</sup> Vid. “Inglaterra y el cesarismo fascista”, *Leviatán*, núm. 17, sept. 1935, pp. 59-53.

Pero fueran o no tácticos, los cambios de la Internacional reflejaban una importante mutación de la política exterior soviética. Y es que Stalin necesitaba de sosiego externo para acometer las grandes purgas en que asentó su poder. En medio del terror, procedió a fijar constitucionalmente los cambios habidos en la URSS en los últimos tiempos. En la nueva Constitución, el poder soviético se dotaba de los instrumentos institucionales y administrativos necesarios a su tarea<sup>82</sup>, que no se ponía ya al servicio de la revolución mundial. Por el contrario, la URSS concentraría todas sus energías en el desarrollo simultáneo de un acelerado y vasto programa de colectivización agraria e industrialización, cuya realización exigía la estabilidad internacional y la integración soviética en el sistema interestatal europeo y mundial.

Era urgente lograrlo, además, dados los preparativos para la guerra de Alemania y Japón. El paso fundamental fue la incorporación a la SdN y los acuerdos de asistencia mutua con Checoslovaquia y Francia. Sin duda, eran pruebas sólidas de la seriedad de la nueva orientación soviética; incluso es legítimo pensar que Stalin considerara como garantía suplementaria de su colaboración con las democracias la eliminación, vía purga, de muchos elementos directivos de la Komintern y del Ejército.

Hubo también que dotar a los PCs. de una nueva y relativa autonomía dentro de la Komintern, para que, en caso de agresión de la URSS, pudieran contribuir a su defensa sin recabar continuamente las directrices de Moscú. Además, debían colaborar francamente con las fuerzas democráticas de los distintos países, para impedir nuevos deslizamientos hacia el fascismo: había que cortar cualquier posible ampliación del campo antisoviético. Los PCs., pues, renunciando a la revolución e insertándose lealmente en las democracias, podrían presionar desde el interior de los Frentes Populares para contener la agresividad antisoviética de los Estados fascistas<sup>83</sup>.

Se trataba de evitar la guerra. Aunque, justamente por eso, la nueva orientación de la URSS y de la Komintern corría el riesgo de interpretarse como signo de debilidad y transformarse en acicate del belicismo germano. Pero también podía introducir una nueva dinámica en la vida internacional, contribuyendo a superar el *impasse* que la atenazaba y que, como vimos, tan rentable resultaba a las potencias fascistas.

<sup>82</sup> Para *El Debate*, el nuevo rumbo soviético suponía la implantación de una vía cesarista y nacionalista, que implícitamente era el reconocimiento del fracaso de la etapa postrevolucionaria, con su espejismo de la revolución mundial (Cf. *ED*, 28-VI y 24-X-35; también 4-VI-36).

Para la perspicaz Sofía Casanova, la nueva constitución soviética estaba en directa relación con el Tratado Franco-Ruso (Cf. *ABC*, 15-III-36).

Sobre la nueva constitución soviética, vid. también S. SERRANO: "La nueva Constitución Soviética", *Leviatán*, núm. 26, julio 1936, pp. 409 y ss.

<sup>83</sup> Cf. L. ARAQUISTÁIN: "La nueva táctica comunista", *Leviatán*, núm. 16, agosto 1935, pp. 6-7; M. OLIVIER: "La nueva táctica comunista. Réplica a L. Araquistáin", *ibid.*, núm. 17, sept. 1935, pp. 3-10; L. ARAQUISTÁIN: "Contrarréplica a M. Olivier", *ibid.*, pp. 15-17. Vid. también, *ED*, 24-IV y 4-VIII-35.

Gran Bretaña se inquietaba ante los cambios que la nueva estrategia soviética pudiera generar<sup>84</sup>. Su moderación ante Alemania se afianzaba, en unos casos, con los éxitos electorales de algunos Frentes Populares y con el incremento, en otros, de la resistencia a ciertos regímenes autoritarios de derecha<sup>85</sup>.

El principal temor británico lo constituían los Frentes Populares de España, Francia y Bélgica, así como la situación interna de Grecia: el Foreign Office creía ver una *mareja roja* capaz de inundar los Balcanes y el Occidente europeo<sup>86</sup>.

En Grecia, los ocasionales acuerdos entre los venizelistas y el pequeño partido comunista estaban teniendo fuerza suficiente como para bloquear la iniciativa política de la derecha, apoyada en la Corona y en el ejército. Por eso, tras la constitución en mayo de un Frente Popular, Londres presionó insistentemente al general Metaxas para que asumiera el poder y comprometiera directamente a las fuerzas armadas en la lucha contra la agitación social existente en el país<sup>87</sup>.

Respecto a España, es conocida la opinión negativa que los círculos dirigentes británicos tenían de la II.<sup>a</sup> República, cuyo reformismo aparecía como peligroso a los miembros de la Embajada en Madrid y a los ejecutivos de grandes compañías, como la Río Tinto Mining. Sus informes presentaban la imagen de un país que, como la Rusia de Kerenski, se precipitaba en la revolución. Existía además el peligro de que la situación se extendiera a Portugal, haciendo tambalearse al salazarismo<sup>88</sup>.

Con ocasión del triunfo del Frente Popular español, el embajador inglés en Lisboa y el propio Armindo Monteiro, ministro luso de Exteriores, hicieron saber a Eden<sup>89</sup> que la oposición antisalazarista en España tenía a punto una insurrección en Portugal, para la que contaba con la cobertura de Madrid a una masa de manobra de no menos de 20.000 hombres armados.

El Foreign Office y los colaboradores próximos de Stanley Baldwin pensaban que en España y Francia se estaban produciendo en la primavera de 1936 sendos

<sup>84</sup> De ahí también que Inglaterra se mostrase tan radicalmente desconfiada ante semejantes planteamientos, que únicamente desarrollarían todas sus virtualidades tras el ataque alemán a la Unión Soviética. Resulta sugerente la referencia de Furet a las contradicciones existentes en los frentes, populares. Según Furet, a ellas habría que atribuir también parte de responsabilidad por el *impasse* internacional tan favorable a Alemania (cf. F. FURET: *Le passé d'une illusion*, Paris, Robert Laffont / Calmann-Lévy, p. 369).

<sup>85</sup> Tal era el caso de Hungría, cuyos sectores gubernamentales clamaban por una colaboración con Alemania para construir un "fuerte sistema defensivo frente al peligro bolchevique" (*ABC*, 7-III, 13-V y 8-VII-36); asimismo, J. S. KOLLIPOULOS: *Greece and the British connection. 1935-1945*, London, Oxford Univ. Press, 1977 y G. T. MAUROGORDATOS, *Stillborn Republic. Social conditions and party strategies in Greece. 1922-1936*, Berkeley Univ. Press, 1983.

<sup>86</sup> En esa clave se interpretaba incluso la huelga general en Palestina y los enfrentamientos entre la población árabe y las tropas inglesas.

<sup>87</sup> Vid. *ABC*, 7-III, 13-V y 8-VII-36. Asimismo, J. S. KOLLIPOULOS: *ibid.*, pp. 38 y 59 y G. T. MAUROGORDATOS: *op. cit.*, pp. 345 y ss.

<sup>88</sup> Vid. M. AZAÑA: *Memorias políticas y de guerra*, Vol. I, Barcelona, Crítica, 1980, pp. 83 y 504; asimismo, E. HARVAY: *The Rio Tinto Company: an economic history of a leading international mining concern. 1873-1954*, Cornwall, 1981, pp. 264-261.

<sup>89</sup> El relato de tales fantasías, en D. Little, *art. cit.*, p. 295.

procesos revolucionarios, similares a los de la inmediata postguerra en Rusia o Hungría. Particularmente, en España: si existían huelgas o demandas sindicales de nacionalizaciones, que ocasionalmente afectaban a intereses británicos, White Hall creía ver maniobras de agentes soviéticos; si en las manifestaciones se exhibían la hoz y el martillo, eso quería decir que los revolucionarios comenzaban ya a descender del caballo de Troya frentepopulista; si, por el contrario, había tranquilidad y parecía que las reformas de Azaña o Casares Quiroga podrían llevarse a efecto sin convulsiones, eso probaba justamente que el comunismo había captado a ambos dirigentes para su estrategia; si el PCE aumentaba sus efectivos, como sucedía desde febrero, era que en menos de tres meses habría en España un gobierno comunista, etc.<sup>90</sup>.

La República Española despertaba una considerable hostilidad en la opinión inglesa más influyente. No había, en nuestro caso, las diferencias que Eden o Churchill marcaban con respecto a la política alemana de Baldwin. Incluso personajes de la izquierda, como Beatrice Webb, se mostraban partidarios de que Londres elevase el tono de su disgusto ante lo que sucedía en España.

Por eso, cuando el golpe de Estado del 17-19 de julio llevó al poder a Giral y este autorizó el armamento de la población para hacerle frente, el Reino Unido optó por mantener un gélido distanciamiento frente a un régimen que, en caso de imponerse —se imaginaba en Londres—, acabaría en manos de los comunistas o se enfangaría en una situación anarquizante, sin salida previsible.

<sup>90</sup> *Ibid.*, 291 y ss.